

## UN ATAJO EN EL CAMINO

Mamá, ¿nos permites a Zulemita y a mí que vayamos a jugar con Isabel? -preguntó Lucila, una niña de siete años de edad. Era una hermosa mañana, y ella se había cansado de jugar a la misma cosa todo el tiempo. Zulemita tenía cuatro años y era la menor de la familia.

-Sí, Lucila -repuso la mamá-, pueden ir, si van por el camino real y no se acercan al puente del ferrocarril. Ir por el puente del ferrocarril resultaba mucho más corto, pero era muy peligroso aun para los adultos, y mucho más, naturalmente, para los niños. Era un puente alto y estrecho, y no hacía mucho que un tren había matado a un hombre que intentó cruzarlo. Lucila prometió a su madre que le obedecería, y tomando la mano de Zulemita se dirigieron a la casa de Isabel, por la carretera. Después de jugar durante un buen rato en la casa de Isabel, las niñas decidieron ir a visitar a otra amiga.

-Es muy lejos ir por el camino real, Lucila -dijo Isabel-. Vayamos por el puente.

-¡Oh, no!, mamá dijo que debíamos ir por el camino porque el puente es muy peligroso.

-¡Bah, yo he pasado por allí muchas veces -contestó Isabel-, y, además, tu mamá nunca lo sabrá.

-Bueno..., este... realmente no deberíamos hacerlo..., pero... tal vez no importe que lo hagamos esta vez solamente; pero no le digas nada a mamá... -repuso, vacilante, Lucila.

Pronto las tres niñas iban caminando cuidadosamente por los durmientes del puente. Allá lejos, abajo, entre las piedras, corría rumoroso un arroyo. El puente estaba construido de tal manera que dé a trechos había unas tablas que sobresalían en los costados. Allí, una persona que se viera en peligro podía refugiarse y evitar ser arrollada por el tren.

Lucila iba delante, a corta distancia de Isabel, quien caminaba más lentamente porque ayudaba a la pequeña Zulema.

De pronto se oyó el silbato de un tren que se aproximaba. Lucila se dio vuelta y vio que un tren de carga se acercaba a toda marcha. Inmediatamente pensó en Zulemita y echó a correr hacia ella. Con la ayuda de Isabel tomaron a Zulemita de la mano y, elevando frenéticamente una oración a Dios para que las ayudara, corrieron cuán rápido pudieron hacia la tabla de refugio más cercana. Allí se sentaron, aferrándose como mejor podían, teniendo a la pequeña Zulemita entre ellas, a quien rodearon con el brazo para protegerla.

Algunos niños que estaban jugando en el arroyo abajo gritaron:

-¡El viento las va a hacer caer! ¡Cuidado, chicas!

Con las piernas colgando del borde de la tabla, no les sobraba un centímetro de espacio, mientras temblando esperaban que el tren pasara. El maquinista, al ver las niñas en la vía, aplicó los frenos del tren mientras hacía sonar desesperado el silbato. El tren no podía parar, y al pasar a su lado las niñas quedaron paralizadas de miedo, mientras el maquinista, tranquilo porque el tren no las había arrollado pero temiendo que el viento las derribase, les hizo señas, con los puños cerrados, de que no se soltaran. Cuando el tren pasó, tres niñas muy asustadas volvieron al camino real.

Transcurrieron tres años antes de que la madre de Lucila supiera la historia. Se la contaron las dos hijas, que ya no podían ocultar su desobediencia. La madre no las reprendió, pues sabía que el incidente ya las había castigado lo suficiente; pero elevó una oración de agradecimiento a Dios por su bondad manifestada al enviar su ángel para que les salvase la vida.